

-“El silencio” novela una historia que parte de una situación real, propia y dolorosa, ¿podría contarnos de qué se trata?

-La novela narra la historia de una joven española que en el año 40 resultó embarazada sin estar casada. Eso, para los ganadores de la guerra, era tan inadmisibile como ser del bando republicano. Por eso, y porque las mujeres y los niños son siempre las primeras víctimas de la guerra, Franco decretó que la patria potestad de los hijos del pecado y de los hijos de las rojas, pasaba a manos del Estado. Así comenzó el robo de bebés, que siguió durante decenios. “El Silencio” es en realidad una excepción a la regla, porque la protagonista logra recuperar a su hijo, pero nunca más su lugar en la sociedad, de la que termina emigrando para lograr una nueva vida.

-Además, usted ha regresado a Pamplona ¿qué siente volviéndose a asomar desde esa ventana en la que su madre vio hablar a Mola o el convento en el que robaron a su hijo?

-Me impresionó la proximidad física de los lugares. El balcón desde el que mis abuelos y mi madre vieron el inicio del levantamiento parece estar al alcance de la mano del balcón desde el que habló Mola. Desde la ventana del convento en el que encerraron a mi madre embarazada, se ve el interior del piso donde la familia vivía y donde la vida continuó como si nada pasara. No creo que sea solo una proximidad física. Todo sucedía en una proximidad social inmensa. Ver el lugar hace más fácil comprender la dominación a través del terror.

-¿Cómo ha vivido usted romper ese silencio a través de la novela, se sintió aliviada, y cree que alivió también a quienes tuvieron que permanecer callados tanto tiempo, que la ficción puede ser una buena manera de abordar este tipo de situaciones tan traumáticas?

Para mí fue empezar a hacer las paces con una historia familiar que siempre me dolió mucho y que durante muchísimos años no entendí. Se tuvo que romper el silencio en España sobre los niños robados y tuvieron que comenzar las denuncias, para que yo comprendiera qué había pasado en mi familia. Gracias a que familiares de niños robados fueron capaces de hablar de lo que les había sucedido, yo pude empezar a entender. La ficción es siempre una manera de sublimar un dolor. Creo que no existe la ficción pura. La literatura y el cine siempre se basan en la vida misma, pero asumen una libertad creativa que quizás permite acercarse con desvíos a la crueldad de la vida verdadera.

-“El silencio” es también la historia de una reconciliación familiar, con sus abuelos, cuya decisión durante mucho tiempo usted no comprendió ni admitió.

-No sé si una reconciliación, o al menos la etapa previa, que necesariamente exige saber la verdad y conocer el contexto. Cuando conocí lo que había sucedido con los niños robados, cuando pude entender que la Iglesia y su conservadurismo retrógrado hizo del sexo y su demonización un arma de dominación, entendí que quizás mis abuelos fueron también víctimas y tal vez no tuvieron modo de hacer otra cosa. En todo caso, no hay ningún tipo de reconciliación posible sin conocer la verdad.

- En este caso, la historia se repitió, tras la guerra civil en España, ustedes vivieron una dictadura militar que repitió los mismo horrores, robo de niños, exilio... La visión sobre el género humano que queda después de algo así quizás no sea muy esperanzadora...

Para mí no se trata del género humano en general, porque la humanidad ha salido adelante desde las cavernas en base a la cooperación y la ayuda mutua. Las dictaduras, el holocausto, el terror, el sometimiento de las mujeres, el robo de niños como límite inimaginable de la crueldad, son herramientas utilizadas para llevar adelante políticas específicas. Fueron intereses específicos, grupos concretos, cómplices con nombre y apellido. Porque el género humano también incluye a la gente que en el mismo período era solidaria, arriesgaba su vida, luchaba por la libertad. Y hacía arte: música, poesía, pintura....

-Centrándonos ahora en “El silencio”, la novela tiene una estructura que permite una lectura cómoda y ágil, a pesar de la dureza de la historia. ¿Cómo fue el proceso de escritura?

Soy periodista, y por lo tanto llevo muchísimos años (más de 30) luchando con las palabras para que sean un vehículo de comprensión, algo que no es por naturaleza fácil. Somos humanos porque utilizamos las palabras, pero al decir de un poeta brasileño, a veces ellas mueren en “el pantano engañoso de las bocas”. Las palabras comunican pero también confunden, ocultan. “El Silencio” es ficción porque yo no estaba en Pamplona en los años 40, y es también ficción porque algunos personajes fueron inventados para poder contar hechos verdaderos. Fue difícil pero sanador. Desde que me enteré de la historia de mi familia, me prometí un día escribirla.

-El silencio es también un retrato generacional. ¿Hay quizás una voluntad de establecer un hilo entre diferentes generaciones, sus anhelos, incluso sus ideas políticas?

Es el intento de retratar a una familia a la que le cayó la Historia con mayúscula en cada una de sus generaciones. Es una historia de familia atravesada por la Historia. El anudamiento entre lo íntimo y lo político es inevitable en momentos de excepción (guerras, dictaduras, holocausto), pero no siempre las víctimas logran poner su propia historia en contexto y entender que sus peripecias responden a un contexto determinado, sobre todo si son muy jóvenes, como es el caso de las tres protagonistas de la novela. Ahora les llaman “daños colaterales”. Es la historia de gente normal a la que le suceden cosas horribles, y solo le queda echar mano a la dignidad como respuesta.

-Por último, en la novela prevalecen a pesar de todo algunos valores, que hemos mencionado, como la reconciliación. Es una novela, en cierto modo luminosa y positiva, o esa es la impresión que queda tras su lectura ¿lo cree así, era su intención?

-No lo sé. La novela toma vida propia con cada uno de los lectores. Tal vez la reconciliación sea el paso necesario e inevitable, en lo personal y en lo colectivo, para avanzar hacia sociedades más humanas y empáticas. Pero no cualquier reconciliación. Se tiene que conocer la verdad, tiene que haber alguna forma de justicia, tiene que encontrarse alguna forma de reparación para las víctimas, aunque la misma sea simbólica. La verdad ya es de por sí reparadora. El paso

siguiente es que la sociedad, el colectivo del que formamos parte, se haga cargo de esa verdad. Entonces sí puede abrirse un proceso de reconciliación. Soy de las que cree que la dignidad se aprende y se enseña, y que la cooperación y ayuda mutua es lo que nos hace humanos. Dicen que Primo Levi, el intelectual italiano que le contó al mundo la experiencia de los campos nazis de exterminio, tenía una pesadilla repetitiva estando en el campo: lograba sobrevivir, llegaba a su casa, contaba lo sucedido y nadie quería creerle, nadie le escuchaba. El otro es tan importante como el yo. No hay yo, sin el otro, no hay reconciliación sin verdad, y sin capacidad de escuchar esa verdad.